Traducción de Guillermo Sheridan

La parentela de Isaiah Berlin (1909–1997)

Leon Wieseltier

I

"Cuando un sabio muere —dice el *Talmud*— todos son su parentela". Al decir eso, los rabinos hablaban en términos prácticos, no filosóficos. Legislaban que a la muerte del sabio, la comunidad está obligada a observar alguna de las costumbres propias del duelo, como rasgar las vestiduras. "Pero, ¿de veras creéis que todos son su parentela?", se pregunta con incredulidad el texto, pues es obvio que no todos lo son. El mundo es muy grande y la expresión se antoja sentimental. "Bueno, digamos entonces que todos son *como* su parentela". Vaya, un distingo. Pero no suficiente para exentar a nadie del luto.

Y ¿si uno nunca conoció al hombre, si nunca se sentó en el polvo a sus pies, si nunca lo escuchó enseñar? Aún así, no se trata de un extraño. El *Talmud* procede a narrar la historia de la muerte del rabino Safra, un estudioso y mercader del siglo cuarto. "Cuando murió el rabino Safra, los rabinos no se desgarraron las vestiduras porque dijeron: 'Es que nosotros no estudiamos con él'. Pero Abbaye les contestó: 'Acaso dice el *Talmud*: cuando muere *tu maestro*? No; dice *cuando muere un sabio*'. Además, no hay día en el que no tomemos en cuenta sus enseñanzas en la casa de estudios". Si se conocen las enseñanzas, se conoce al maestro, y por tanto se está obligado al duelo.

Pues hace unas semanas, murió un sabio en Oxford. Y no hay día en el que no tomemos en cuenta sus enseñanzas en la casa de los estudios. ¿Cuál es la parentela de Isaiah Berlin que debe llevar luto?

II

Los pluralistas son su parentela, y deben enlutarse. Isaiah Berlin fue el más original, el más lúcido, el más erudito, y el más incansable enemigo de la idea de la totalidad en su época, una época propensa a la totalidad. O más precisamente, una época de totalidades que fracasaron (y que, por fracasar, aportaron una tardía y gloriosa salvación a una modernidad poco gloriosa), y que fracasaron en buena medida gracias a las enseñanzas de este maestro y a la benevolencia de su mente tumultuaria. "Me parece —escribió— que creer en que es factible hallar una fórmula única que permita conciliar armoniosamente los diversos afanes humanos, es algo demostrablemente falso." La fuerza de la declaración no debe oscurecer la dimensión de la propuesta. Podría parecer el lenguaje de un mandamás, pero es la concepción de un pensador de la historia mundial. Y lo que hace de él un pensador de esa clase, fue su manera de enfrentar la idea de un mundo histórico.

De Parménides a Marx, los filósofos soñaron con un único principio, el método único, el único ser, metafísico o antimetafísico, sagrado o profano, que daría cuenta de todo lo que existe, y que lo haría con una descripción única. Berlin se propuso despertar al pensamiento occidental de ese sueño, y el análisis del ideal de la totalidad al que dedicó su vida lo exhibió como una ilusión peligrosa. Pero no sólo lo repudió en términos morales o políticos; llevó su crítica a la totalidad más allá de la crítica del totalitarismo, y de regreso a la consideración elemental de su sentido filosófico, para demostrar que carecía de él.

"En la casa de la historia —escribió— hay inumerables mansiones." La fuerza del ataque de Berlin al *holismo* en todas sus formas se debía al hecho de que no se trataba sólo de un ataque desde la historia, sino desde la lógica. Suele darse por sentado que su defensa del pluralismo era resultado de sus años de pensador político o de historiador de las ideas, pero, de hecho, la querella de Berlin con la totalidad está presente desde sus trabajos iniciales, en sus ejercicios de filosofía analítica al estilo Oxford que tiempo después le divertía descalificar ("No podría convencerme de releerlos", decía). Pero fue en su animadversión contra el positivismo lógico donde comenzó a sugerir lo que había de prepotente en "el conocimiento infalible de las proposiciones incorregibles", así como "la falacia jónica de preguntar de qué está hecho todo", o "la clase privilegiada de las proposiciones básicas... y el deseo de traducir todas las demás proposiciones a sus términos o a com-

binaciones con ellas..." Fue la lógica lo que hizo de Berlin un liberal.

Para Berlin, el pluralismo no era una conclusión fácilmente extractable de la experiencia, una especie de concesión expedita a los obstáculos que la vida pone en la senda de lo justo o de lo bueno. Antes bien, el pluralismo era una conclusión surgida de un correcto análisis de los conceptos, de una reflexión estricta sobre la naturaleza de los valores y de los bienes humanos, que son esencialmente, no sólo empíricamente, incompatibles unos con otros. "La noción de una realización humana total es una contradicción formal". Contradicción formal: ¿puede haber una descalificación más enérgica contra una idea? Y sin embargo esta fue la sentencia que Berlin lanzó sobre la idea de la totalidad, y esperemos que nunca logre escaparla. Fue Berlin quien demostró que la visión no liberal del mundo era no solamente un mal, sino además un error; que la visión liberal del mundo no es sólo una necesidad práctica, sino una necesidad teórica. Si la sociedad debe ser pluralista es porque la realidad es plural; porque lo que hay es pluralismo.

Berlin fue uno de los grandes fundadores del liberalismo, y sus escritos se preservarán como una ridiculización permanente de aquellos que creen que la justicia puede prescindir de una filosofía. El pluralismo que predicó no era un evangelio del relajamiento: "Si, como yo lo creo, los fines del hombre son muchos, y no todos son en principio compatibles entre sí, entonces la posibilidad de conflicto —y de tragedia— nunca podrán ser del todo eliminados de la vida humana, la personal o la social." La contienda y la tristeza de las que nos puso Berlin sobre aviso, pueden desbaratar a la sociedad a la cultura y hasta al individuo mismo. El pluralismo promete la paz, no la serenidad. Pero Berlin se enardecía ante la fricción. Valoraba las sombras de lo Múltiple sobre las oscuridades de lo Único, pues no es la luz, sino la oscuridad, lo que lo Único acostumbra avalar. Poseía una relación casi estética con la heterogeneidad que defendía. En su trabajo y en su persona, demostró que el mundo de lo Múltiple es un mundo no menos sino más fascinante que el mundo de lo Único. De este modo, llevó a cabo una fructuosa contribución a la idea de la felicidad.

III

Los racionalistas son su parentela, y deben enlutarse. ¿Los racionalistas? Seguro que no los racionalistas. Pues ¿qué no fue Berlin quien sacudió la confianza en la razón, quien negó que la razón fuese inmune al tiempo y al lugar y denunció el racionalismo de la ilustración como un absolutismo indefendible? Sí, fue Berlin. Pero en años recientes ha sucedido algo extraño en la valoración de su trabajo. Hay quienes piensan haber encontrado en el "valor–pluralismo" y en su "tesis de la inconmensurabilidad" un aval a la lamentable fuga de la razón que caracteriza tantos aspectos de la vida intelectual contemporánea. Por eso, uno puede leer cosas como: "hay en la idea de Berlin sobre la elección radical que surge de los conflictos entre los inconmensurables, un elemento decisionista, voluntarista o existencialista". El ataque de Berlin a los absolutos ha sido interpretado como algo que implica un relativismo, un subjetivismo, un perspectivismo y hasta un pintoresco posmodernismo.

Esto es exagerado e impreciso. No hay una sola nota de *fumisme* en Berlin, ni un toque de Fichte o de Sartre. "Buscamos ajustar lo inajustable y lo hacemos del mejor modo posible", de un modo en el que la gratuidad, la desesperanza o el servicio de nuestros intereses no tienen cabida. El héroe de la berliniana épica de la colisión de los fines, es un héroe inquisitivo cuyas elecciones son racionales, o por lo menos razonables, y que ameritan alabanza o condena; un héroe que no desespera ante la coherencia o ante la verdad. El punto de Berlin no es que la razón ha sido desplazada por la ironía o por la voluntad; sí, que la razón dicta muchas cosas y supone costos. Berlin se alzaba no en contra de la razón sino de la iglesia del racionalismo (o el templo de Sarastro, como le gustaba llamarla); era la razón, no la sinrazón, lo que Berlin defendía de los dogmas racionalistas. Cuando "Herder y la Ilustración", su extraordinario ensayo de 1964, fue reimpreso el año pasado en una nueva colección, Berlin agregó una nota en la que describía la actitud de Herder —que era la suya propia—, como un "pluralismo objetivo". No se trataba de una de sus formulaciones mágicas, pero bastaba para establecer que a Berlin no le interesaba agradar a los oscurantistas felices.

¿Qué es el "pluralismo objetivo"? Es el punto de vista que sostiene que un mundo pluralista es un mundo poroso, que las sociedades, las culturas y los espíritus no están tan encerrados en sí mismos como para que la comunicación o la comparación significativas sea imposible ("es ocioso decirle a los hombres que aprendan a ver otros mundos a través de los ojos de aquellos a quienes desean entender, si se hallan impedidos por las murallas de su propia cultura"); y es también el punto de vista que sostiene que cada una de estas sociedades, culturas y mentes pueden ser evaluadas por categorías morales y lógicas que se aplican a todos en general. Berlin escribió sobre el relativismo: "lo entiendo como una doctrina según la cual el juicio de un hombre o de un grupo, en tanto que es la expresión de un gusto, o de una actitud

emocional, o de una visión de las cosas, es simplemente lo que es, sin un correlato objetivo que determine su verdad o su falsedad". Berlin rechazaba esto; no toleraba el ideal de una existencia insularizada que haría imposible el estudio de diferentes, antiguas o primitivas formas de vida. ¿Es, entonces, "objetividad" otro nombre del "universalismo"? Berlin no hablaba con simpatía de universalismo, y en sus escritos solía identificarlo con lo que algún historiador llamó alguna vez "uniformitarianismo". Aborrecía sólo un universalismo coercitivo (y su versión terrena: el comunismo); era un universalista de la especie *multimorfitaria*.

Lo que irritaba a Berlin del racionalismo era su aislamiento. Esto era especialmente cierto del racionalismo en Oxford, como lo recordó en una evocación elegiaca pero devastadora de J.L. Austin. Nada le resultaba más vívido a Berlin que la realidad, tanto externa como interna, de una idea. Una idea particular ocurre en en un tiempo y en un lugar particulares. Esto no significa que la idea sea contingente, o algo más apenas que expresión del individuo que la piensa. Podía ser una idea necesaria; pero ni siquiera las ideas necesarias se piensan solas: una concepción abstracta es voluptuosamente actual; un pensamiento es una experiencia. Berlin no se convirtió en un historiador de las ideas porque creyese que las ideas no son sino historia. Su historicismo era una manera de globalizar a la razón, o de actuar sobre el tosco y maravilloso descubrimiento de que la razón ya es global, incluso cuando la razón pretenda lo contrario.

No era sólo en pos de la múltiple imagen de lo humano que regresaba una y otra vez a lo que llamaba la contra–ilustración. Berlin tenía una misión; era un espía de la razón en la casa de la sinrazón. (Sus estudios sobre la historia del romanticismo y la reacción fueron los mensajes más importantes que escribió.) Precisaba de toda la información, por más obtusa y compleja que fuera, si es que iba a perseverar en la no apologética y progresiva tarea de entender las condiciones del desarrollo de la personalidad y de la decencia. Berlin pertenece a la pequeña y valerosa compañía de los racionalistas que no titubearon frente a la facticidad de la sinrazón, la que sabía que la razón se vulnera a sí misma cuando sólo tiene ojos para sí misma, la que educó a la razón en el valor de la simpatía.

IV

Los demócratas son su parentela, y deben enlutarse. Berlin criticó al racionalismo clásico tanto por algunos de sus efectos como por algunos de sus supuestos. Demostró que, incluso en sus versiones más nobles, no era infrecuente que culminara en un autoritarismo beato y, con frecuencia, asesino. "Existe una creencia responsable más que ninguna otra del asesinato de los individuos en los altares de los grandes ideales históricos (la justicia, o el progreso, o la felicidad de las generaciones futuras, o la sagrada misión o la emancipación de una nación o una raza o una clase, o incluso la libertad misma, que exige sacrificar individuos en nombre de la libertad de la sociedad): es la creencia de que en algún sitio, en el pasado o en el futuro, por revelación divina o en la mente de un pensador, en las propuestas de la historia o de la ciencia, o en el simple corazón de un hombre bueno e incorrupto, existe una solución final". *Solución final:* la frase aparece con frecuencia en los estudios de Berlin sobre el pensamiento occidental; nunca sintió la necesidad de enfatizar el escalofrío que le producía.

¿Fue realmente un engaño de la razón lo que padeció este siglo? Desde luego que no, pero eso no fue lo que pregonó Berlin. Él nos puso sobre aviso, más bien, acerca de las perversiones de la razón. Admiró el poder comprensivo de la mente, pero recelaba de su poder para unificar, y tenía la inflexible certeza de que no es lo mismo unificar que entender. Para él estaba claro que los crímenes de este siglo eran los del monismo y se empeñó en aclararle esto a los demás. En la teoría política, el monismo tomó la forma de lo que él llamó "la libertad positiva", con la que Berlin estaba en desacuerdo: le parecía una invitación coqueta a la compulsión; una teoría autoritaria disfrazada de libertaria. Libertad *para* y libertad *hacia*: esta clase de libertad solicitaba una receta sobre un modo de vida, y, con esa receta, definía a la libertad como un conformismo o como una obediencia. Berlin sostuvo, en oposición a Lenin y también a Kant, que la libertad no es una obediencia, sino la ominosa antítesis de la conformidad.

La libertad no es general, sino individual. En su apreciación de los sistemas y las ideas políticas, Berlin nunca apartó la mirada de "la empírica existencia espacio–temporal del individuo finito". Por esta razón, devino un profeta (sin los rasgos del vate) de la "libertad negativa", a la que definió como "el máximo grado de no interferencia compatible con las exigencias mínimas de la vida social". En manos de Berlin, el ideal casero de la no interferencia dejó de ser casero y se transformó en una poderosa arma filosófica contra el despotismo. Berlin llevó esa idea a la grandeza: "se antoja improbable que esta extrema exigencia de libertad haya sido jamás planteada por nadie, aparte de un pequeño grupo de seres humanos altamente civilizados y conscientes de sí mismos". O bien, para decirlo con cierto morbo, que el objetivo de la lucha por la libertad, la más prolongada y sangrienta lucha de la historia humana, no tiene mayor

gradeza que la de apoyar el derecho a que lo dejen a uno en paz.

Berlin mismo fue uno de esos seres humanos altamente civilizados y conscientes de sí mismos. Él también imaginó el reino del respeto, el paraíso de no tener paraíso. Fue un heredero de Mill y de Constant. Simple y sencillamente aborreció los determinismos. No negó que el poder fuera legítimo (aunque discutió con gusto el anarquismo y disfrutaba malevolamente el preferir a Bakunin sobre Marx), mas para reconocerlo así estableció un criterio cuidadosamente estricto que estableciera su legitimidad. No era un libertario, y criticó "los males del *laissez-faire* sin restricciones y los sistemas sociales y legales que lo permiten y lo propician, que conducen a brutales violaciones de la 'libertad' negativa"; pero criticó aún más al colectivismo (en 1917, de niño en Petrogrado, observó la Revolución Rusa). "La genuina creencia en la inviolabilidad así sea de una medida mínima de la libertad individual —escribió—, supone la adopción de una postura absoluta ante el dilema". ¡Esto en boca del maestro del anti-absolutismo! No había nada de paradójico en esta postura: era el corolario de su consagración.

Los escritos de Berlin exponen con abundancia la democracia natural de su mente contrapuntística: no era ni hombre de partido ni pescador de almas. Como su amigo Lionel Trilling, creía que "una crítica que toma en serio los intereses del liberalismo encuentra su labor más útil no confirmando al liberalismo en lo que tiene de esencialmente correcto, sino más bien sometiendo a cierto grado de presión tanto las ideas liberales como los supuestos de la época actual". Berlin no eximió a los liberales o a los demócratas de la justicia y la franqueza de su juicio. La alianza de la libertad con el poder de los revolucionarios modernos, señaló, "ha quizá cegado a algunos liberales contemporáneos frente al mundo en que viven. Su petición es clara y su causa es justa. Pero no dejan sitio a la variedad de las necesidades humanas. Y tampoco a la inventiva con la cual los hombres pueden demostrar a satisfacción que la ruta hacia un ideal lleva también a su contrario." Era sabio, en parte, porque no era ingenuo.

V

Los nacionalistas son su parentela y deben enlutarse. No todos los nacionalistas, claro. Berlin se incomodaba ante la faceta bajuna que supone la pertenencia a algo, ante "los desenvolvimientos patológicos del nacionalismo en nuestro propio tiempo", ante "el moderno narcisismo nacional: la autoadoración de los pueblos, la convicción de su propia, inmensurable superioridad sobre otros y el consecuente derecho a dominarlos". Delineó cuidadosamente la deuda que el fascismo y otras aberraciones de la voluntad colectiva tuvieron con el romanticismo. Se sintió alienado frente a la celebración de lo orgánico y lo mitológico que caracteriza e inflama al pensamiento y al sentimiento nacionalistas. Y sin embargo no estaba preparado para extremar su fe en el individualismo hasta una conclusión internacionalista. Se manifestó agudamente crítico de los liberales y socialistas por haber menospreciado la realidad, la validez y la durabilidad del sentimiento grupal.

Berlin tenía dos razones para detenerse en el asunto del nacionalismo. La primera era su indignación frente a la injusticia. Desde su punto de vista, el nacionalismo casi siempre se origina como un esfuerzo por replantear, como un esfuerzo por corregir una injusticia. "Parece que, habitualmente, su origen son las heridas." En respuesta a la opresión y a la explotación, un pueblo desea reconocimiento e independencia. No entender tales deseos, ni la solidaridad de la que surgen, supone ser alguien moralmente obtuso, o peor. "La conciencia de que, si bien toda opresión es odiosa, recibir órdenes de alguien que pertenece a mi misma comunidad o nación, clase o cultura o religión, me humilla menos que si las recibo de un extranjero... es un sentimiento sin duda inteligible." El nacionalismo, en la espléndida frase de Berlin, es "el enderezamiento de las espaldas subyugadas".

Pero por ser esta una relatoría puramente reactiva del nacionalismo, amén de política, no fue suficiente para Berlin. La segunda razón de su interés en el nacionalismo era su interés en el mundo como tal, en tanto que existen las naciones, formadas o en formación, carentes de estado o con él, con lenguajes, tradiciones, costumbres, instituciones y creencias propias. Sin menoscabo de lo que la teoría tiene que decir al respecto, el mundo humano se encuentra ya muy constituido y diversificado. El nacionalismo de Berlin era expresión de su humanismo. Por principio, dignificó las necesidades y aspiraciones humanas, y el pasado se hallaba pleno de significado filosófico para él. La esfera de la libertad que Berlin describió no era para él un cascarón vacío, ni tampoco buscó secuestrarlo con el propósito de crear un melodrama nietzscheano. No incitó a los pueblos a crearse a sí mismos, ni a sus significados. Las identidades no sólo son inventadas, también se heredan; y precisamente a partir de esa herencia se inventan. Berlin jamás se sustrajo de las dimensiones involuntarias de la vida. Este hombre tenazmente alejado de toda mística invocó con ardor a "la nación como la sociedad de los vivos, los muertos y los aún no nacidos (incluso considerando lo siniestro que esto podría llegar a ser si fuese ascendido al grado de la exacerbación patológica)".

Fue el gran maestro del nacionalismo liberal, que es sin duda una de las enseñanzas urgentes de nuestro tiempo. Berlin reverenciaba a Mazzini. "El verdadero internacionalismo debe basarse en la consideración mutua y el respeto entre las naciones. Para lograr el internacionalismo es menester tener naciones". Y esas naciones deben sujetarse a estándares comunes sobre lo que está bien y está mal. ¿Es esto el internacionalismo? Sí: "No sabemos de una sola cultura ajena a las nociones de lo bueno y lo malo. Existen los valores universales". Lo ético prevalece sobre lo étnico.

Pero el nacionalismo liberal de Berlin no era sólo un freno al sometimiento del grupo a la nación. Era también un freno al sometimiento del individuo a la nación. Berlin no coincidía con la idea de que el nacionalismo requiere de la inmersión del individuo en el grupo. "La armonía total con los otros es incompatible con la identidad personal." Hay dignidad en la membresía, pero en la membresía parcial, que aún así es profunda. La parte es preciosa, pero no debe ser confundida con el todo. Participar de tradiciones comunes es un elemento importante en el cultivo de la personalidad, hasta que se convierte en su único elemento y conduce entonces a la degradación de la personalidad. Berlin apreciaba la autenticidad, excepto en su vertiente ideológica.

El ensayo sobre historia de las ideas más emocional que redactó, creo, fue su ensayo sobre Moses Hess, y estas son las palabras más emocionales de ese ensayo:

> A través de las más extremas y radicales creencias [de Hess], persiste la convicción de que nunca existe el deber de mermarse o empobrecerse a nombre de un ideal abstracto; que a nadie se le puede, o debe, exigir que se viviseccione a sí mismo, que se separe de aquello que le permite la más profunda satisfacción espiritual conocida de los humanos: el derecho a la expresión de uno mismo, a las relaciones personales, al amor de lugares familiares o de formas de vida, a la belleza, o a las raíces y símbolos que le son propios, o a la familia o al pasado de su nación. Hess creía que nadie debe ser obligado a sacrificar el patrón individual de las relaciones no analizables —las capitales experiencias emocionales e intelectuales— que componen las vidas humanas, o a cederlas ni siquiera a un expediente temporal, a nombre de una solución limpia deducida de premisas abstractas e impersonales, o de alguna forma de vida derivada de una fuente ajena, impuesta sobre los hombres por medios artificiales, y que se sienta como la aplicación mecánica de alguna regla general a una situación concreta para la que no estaba concebida. Todo lo que Hess, hacia el final de su vida, dijo o escribió, descansa sobre la suposición de que negar lo que, dentro de uno, uno asume como verdad; de que violentar los hechos por cualesquier motivo táctico o doctrinal, es algo degradante y al mismo tiempo condenado a la futilidad.

Berlin fue una persona de lealtades y expuso una filosofía crítica de la lealtad. Vivió una vida de deber, policéntrica, generosa y ajena a la idolatría. "Me conservo absolutamente leal a la Gran Bretaña, a Oxford, al liberalismo, a Israel", resumió. Se podría decir que era un judío cosmopolita y enraizado, y por lo mismo un hombre lleno de dones.

VI

Los judíos eran su parentela, y deben enlutarse. Era un sionista feliz. "Los orígenes del sionismo son civilizados y herderianos", observó, señalando que su propio nacionalismo tenía la misma base filosófica que el nacionalismo de los otros. Se debía también a su entendimiento de la historia, a su hallarse consciente de una emergencia, a su "advertir (lo que sucede tarde o temprano a casi todos los pensadores sociales judíos, más allá de sus ideas) que el problema judío es un problema *sui generis* que parece requerir de una solución propia y específica, toda vez que se resiste al solvente de incluso las más poderosas panaceas universales." Pero el sionismo de Berlin no era sólo un sionismo intelectual: era un prejuicio de su corazón. La sensación de pertenencia a un pueblo nunca lo abandonó y vibró con su patrimonio.

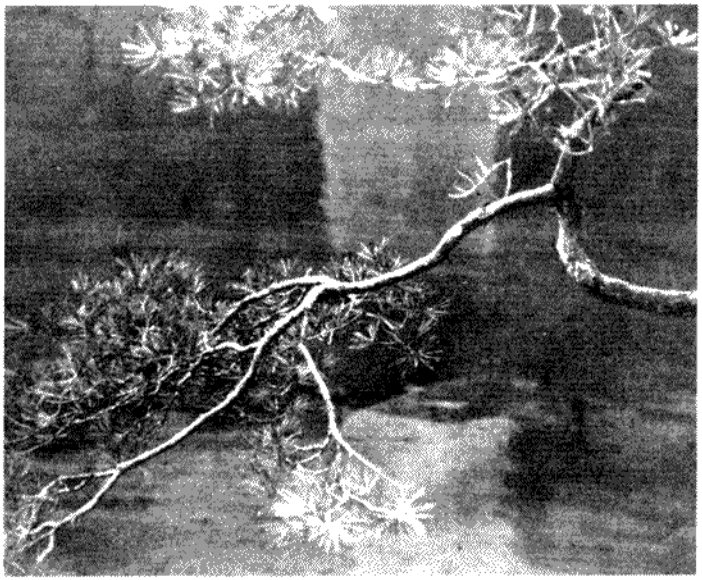
No con su totalidad, claro. Se manifestaba más bien indiferente al judaísmo como religión, y era más bien ignorante en la materia, incluso cuando le agradaba recordar a sus interlocutores que era primo del *rebbe* Lubavitcher. (El mesías se habría beneficiado de las ideas de su primo sobre el mesianismo en la historia.) Nunca superó del todo la condescendencia sionista hacia el yiddish y había mucho en el mundo de la política judía que no estaba dispuesto a aceptar. Condenó a los chauvinistas y a los fanáticos activos en el movimiento sionista y dentro del Estado judío. (Cuando se le interrogó sobre los árabes que se oponen a Israel, contestó que "entender a la gente que se nos opone es lo que nos enseñó Herder". Adviértase el primer "nos" y luego el segundo "nos" y se tendrá la imagen completa de Berlin.) Y aún así, en tanto que judío, Berlin era libre, gustoso, abierto, laborioso, agradecido y decididamente libre de ansiedad. Su pasado lo hacía sentirse principesco, como debía de ser. Ahí estaba nuestro exiliarca, en Oxford; y es ahí donde está enterrado.

Y aquellos para quienes Berlin no era sólo un sabio, sino un maestro, aquellos que se sentaron en el polvo a sus pies, ellos también deben llevar luto, pues son quienes recordarán al maestro y no sólo a

sus enseñanzas. Lo recordarán en toda su gentileza y en toda su alegría; en su increíble habilidad para conocer a fondo a sus discípulos, a los que conducía, con dulzura y severidad, a explicarse a sí mismos ante sí mismos. Sus alumnos lo recordarán apoltronado en su silla, cerca de la chimenea, contando historias de lo que había visto y oído; o cantando "Rachel, quand du Signeur" o "A un dottor della mia sorte"; impartiéndoles aquello que a él mismo lo satisfacía como verdad, hasta hacerlos sentirse lo suficientemente audaces como para suponer que ellos también podrían llegar a ser un eslabón en la cadena. (Era ciertamente un conversador inolvidable; pero era *lo que decía* lo que era inolvidable.) Sus alumnos lo recordarán

> libre de hechizo o retorcimiento
> por servidumbre alguna. Fijo en su derrotero,
> sin sentir revoluciones lastimosas,
> sin locas variedades de dolor o gusto,
> sin atarearse con las penas propias;
> su corazón abierto, y afinado por naturaleza,
> así como su disposición e ideas constantes
> en simpatía con lo humano; vivo
> a todo lo placentero donde fuera;
> feliz y sosegado en su alegría,
> sin presión dolorosa en su interior
> que lo hiciera ignorar a la maldad
> con miedos cobardes. Podía darse el lujo de sufrir
> con los que sufrir vería. De ahí que, por lo que
> a nuestra experiencia toca, y en la sabiduría
> de nuestra vida cotidiana, era un hombre rico.

"Cuando muere un sabio, todos son su parentela". Existen crónicas de una disputa acaecida entre los últimos grandes rabinos de la Alemania medieval, Meier ben Baruch de Rothesberg, y su estudiante Asher ben Jehiel. Meier decretó compasivamente que se lleva luto por un sabio "si conoces las ideas que aportó; pero de no ser así, entonces no estás obligado a llevarlo, toda vez que [como señaló Abayye] no consideras sus puntos de vista todos los días en la casa de estudio". Asher, no sin reticencias, evocó a Abbaye: "¿Dice acaso 'cuando muere tu maestro'? No, dice 'cuando muere un sabio'". Así pues, no hay forma de eludir el luto. En 1286, cuando el emperador Habsburgo ejerció la disposición oficial que declaraba a los judíos "siervos de Nuestra Persona" y promulgó políticas caprichosas y punitivas de taxación, Meier y su familia intentaron abandonar Alemania, pero alguien lo denunció; fue encarcelado y murió en las mazmorras siete años más tarde. En 1303, para evadir la suerte de su maestro, Asher dejó Alemania por España. No lograron un acuerdo sobre el luto ante la muerte de un maestro; pero en lo que sí coincidieron, sin duda, fue en que la sinrazón amenazaba y la sabiduría se hallaba en trance de desaparecer.



Pino, Shuzenji, 1928